



Arlequín

Ana Matías Rendón

Arlequín

Kumay

Arlequín

Ana Matías Rendón

Kumay

Arlequín

Ana Matías Rendón

2022

Kumay

México

Ilustración de portada: Víctor Argüelles

Ilustraciones de interior: Víctor Argüelles

ISBN: 978-607-97573-5-9

Derechos reservados conforme la ley.

Hecho en México

Contenido

Las criaturas	11
El viaje	23
La huida	35
La Tierra Oscura	47



Las criaturas



Son tiempos crueles, el cielo entristecido cubre cada rincón de la tierra. Todas las noches las criaturas acuden al solar para ver el espectáculo que ahí se representa —es la única alegría, si cabe decirlo—. El reconocimiento para los actores es una sonrisa amarga, una estría sujeta por los labios apretados de los asistentes; el trabajo envilecido no produce otra cosa que la apatía por la función y, a pesar de todo, la gente acude.

La casucha está cercada por piedras y pedazos de madera tiradas sin ton ni son, abunda el páramo rodeado de plantas secas, formando un sistema planetario. La noche anterior, igual que la de anteayer y las que le antecedieron, se vio sacudida por los aplausos apagados. Pronto la oscuridad, como cualquier otra, retira a los visitantes, quienes se irán sin mayor demora.

El cuarto del fondo de la casucha se ilumina por los rayos del sol. La luz se introduce, vieja, carente de brillo, moribunda, como lo es la vida; alumbra un rostro blan-

co pintarrajeado sin armonía. Unas líneas delgadas se escapan del rostro y se impregnan en las paredes, nadie podría decir quién las originó, sólo que atraviesan al payaso tumbado en el vértice de la galera, a lado de un cuadrado cartográfico, arriba de lo que fue un taburete, debajo de lo que parece un artilugio de locos y casi tocando la laguna que se extiende de una garrafa desmayada del otro lado de la habitación, en donde también se halla una portezuela cerrada que esconde las voces de los dueños del espectáculo.

Una puerta separa la felicidad de las criaturas. Una puerta es lo que se necesita para cerrar o abrir los cerrojos de un alma perdida. Los patrones lo saben bien, son los únicos que bailan llegando el anochecer, los que contemplan el sol, los que sonrían, aunque su sonrisa sea una mueca siniestra. Los dueños se apropiaron de todo, por eso son los dueños. Amos de la comida —nuestra sed—, los ríos —nuestro trabajo—, la tierra —nuestras decisiones— y del cielo que nos mira.

En el amanecer del payaso se dibujan las ilusiones del resto de los seres que divagan con caminar allende del páramo, por las planicies coquetas frente a sus ojos. Todas las criaturas encerradas se escudriñan de reajo y esquivan el contacto visual. Los holanes sin sentido del traje variopinto del payaso se pasean por el aire que entra vestido de hojas secas a través de la puerta de telaraña. El letargo se profundiza, nada lo rompe. El payaso está empeñado en lo que se encuentra más allá de su vista. Es un cobarde, pero un buen soñador. Le tiene miedo a correr, a salir de una vez y por todas de aquel encierro que lo llena de más garabatos. Es un maestro de la ilusión y un desdichado de sus anhelos. Observa

el cuadrado cartográfico, memorizando los lugares a los que podría ir si se atreviera a cruzar la puertecilla que lo separa del espectáculo tan lamentable que ofrece a la hora del ocaso. Gira la cabeza hacia el otro lado, hacia la puerta de los patrones, rechaza la idea relámpago y se concentra en la telaraña de enfrente que deja entrar otra ráfaga de aire.

En la habitación hay siete criaturas más, incapaces de seguir fantaseando. Un cuervo entra por la puerta escurridiza posándose sobre la corona del rey, un hombre sin más reino que la soledad en la que se hunde. El cuervo grazna, haciendo palidecer al monarca que agacha la cabeza, avergonzado, sobre la barriga montada hasta el cuello; sus pies delgados, cubiertos por unas medias, se recogen para cubrirlo; ha permanecido un largo periodo en aquel lugar, su orgullo es un remanso añejo; ha olvidado el día que fue despojado de sus investiduras, pero no del odio que lo mantiene con vida en contra de sus opresores. Mientras, el colgado de un clavo oxidado roza la parte posterior de la pierna izquierda con el antepié derecho; está indeciso. Acostumbrado, como lo está él de su esclavitud, ha dicho a todo que "sí": la sumisión tan normalizada se vuelve un sentimiento afectuoso. Un "sí" o un "no" faltan al significado si no tienen un sentido propio. Vacilante, esquiva los pensamientos de los demás. Levanta las manos para sentir su clavo y, aliviado, vuelve a su posición inmóvil.

Una dama desdentada, con ojos encendidos, se distrae con las teclas de un órgano olvidado. Salió de un bar para no regresar jamás. Le echó la culpa al alcohol que se instaló en su sangre y a los amores corruptos del pasado. Es vieja para pensar más allá de la habitación

y, sin embargo, sueña con ir a otro lugar. El sonido de las teclas le regresa los recuerdos embriagantes, el humo del cigarro disuelto entre las monedas de los ceniceros y los olores confundidos con los sudores.

En el otro extremo, el cuerpo de una mujer joven ataviado de muñequilla gira frenético para deshacerse de sus vestidos sin ningún éxito. Todos los días en diferentes momentos, después de lograr desatarse y quitarse los ropajes, los dueños la vuelven a sujetar. El Payaso ha hecho de todo para ayudarla en sus ataduras, pero tal parece que el juego jamás termina y se ha vuelto tedioso. En su cabellera azabache conserva los listones entrelazados que le recuerdan su origen. La joven fue sacada de las selvas aborígenes empantanadas para su defensa. Fue hecha prisionera y atraída al servilismo de los amos que no conseguían que hiciera lo que se le exigía; despojada de sus vestimentas y obligada a ser otra por un disfraz mal hecho, terminaba por mostrar su desnudez antes que la obediencia.

El hombre pintado de azul, por su parte, busca desesperado un botón. La existencia depende de la botonadura de nuestras ropas que cubren la desnudez. Él así lo cree. Camina por toda la habitación con la mirada fija en el piso busque que busque. Cada uno busca lo que quiere, que en los deseos se nos va la vida. Sus manos acurrucadas al frente del saco –también azul–, tiemblan nerviosas, recogiendo una y otra vez el hilo que deja deslizarse antes de caer totalmente. No se da cuenta de los pies del payaso tumbado en la esquina con los que casi tropieza, ni en la mujer que persiste por liberarse, tampoco en la anciana que sigue tocando el piano.

Más allá un ser deforme se espanta al oír los portazos que dejan las ventoleras. Brinca, cual si tuviera un hipo incontrolable. Luego atiende los pasos enloquecidos del hombre de azul. Repara en el resto de los compañeros sólo para insistir en las huellas que ha dejado el buscador del botón. La deformidad tiene pensamientos extraordinarios, encuentra en las pisadas trazas de humanidad; puede ver lo que para otros pasa desapercibido.

Y, en medio de la habitación, tirado sobre la laguna, se encuentra el arlequín, con su traje de tablero bicolor, blanco y negro, sin magia ni nada. Pertenece a otra época, cuando la magia existía y los arlequines eran respetados como los verdaderos brujos, entonces la gente los admiraba y temía. La ausencia de un encantamiento especial lo hace sumirse en las reflexiones que deberán sacarlos de la podredumbre. No tiene nada más en qué pensar: sólo sueños. La realidad está hecha de agujonazos que impiden volver a las ensoñaciones. Él lo sabe bien: se puede ser sueño o realidad, pero no ambos.

Estos seres que parecen los personajes de un cuento, no lo son. Son los renuentes de una existencia pasajera, objetos olvidados, la basura de los amos, los seres de un atardecer que han amanecido para continuar un espectáculo del que no son más que unos infelices y mediocres actores.

—Todos somos la invención de alguien —sentencia el Arlequín, hablándole al viento.

El Payaso se niega a creerle, pero en el fondo lo sabe, lo sabe bien. Quiere soñar que alguien más lo sueña, pero es la invención del hombre de azul, cuyo interés se remonta a una niñez fallida, ¿qué hacer si el hombre

de azul ya no quiere serlo más y opta por otro color?, ¿a dónde irá? ¿A dónde se dirigirán sus sueños? El abandono puede ser un sentimiento devastador. El Payaso vuelve a hundirse en sus pensamientos.

Las invenciones se han encontrado en el mismo espacio, donde pueden ser soñados a gusto, sin recriminaciones, en donde sus sueños pueden ser usados para el entretenimiento de otros. Incluso tú, lector, eres una invención, el entretenimiento de alguien más. Nadie ha podido escapar a las quimeras de las fantasías.

El Arlequín se levanta pesadamente —todos le siguen con la mirada, ninguno repara en el agua que le escurre por las extremidades—, mira el fondo del paisaje, a través de la puerta abierta, un campo de tuberosas iluminado por el tímido sol que se pierde en los límites de las colinas. Los presos en ocasiones no requieren más cadenas que el miedo que infringen los amos, el miedo a los lugares desconocidos formados de sombras monstruosas e inquietudes criminales. Tantos años encerrados con la puerta abierta, resignados a su suerte. El hombre colgado sigue la visión por la ventana que tiene a su lado y murmura:

—¿Es hora?

El cuervo sale volando. El Payaso se pone de pie y se detiene de la pared, haciendo crujir los desperdicios del taburete, para beber del mismo paisaje de Arlequín. En sus ojos se expresa el miedo.

—Hay que escapar antes del espectáculo —indica Arlequín.

El Payaso desata a la muchacha sin pretensiones de ser una muñeca. Todos se forman alrededor del hombre del traje de tablero; abren la boca sorprendidos, sus ros-

tros se encienden de codicia. El mundo, más allá del páramo, se muestra en una tierra de esperanza multicolor y soleada. Brilla cual si estuviera esperando a nuevos habitantes. El hombre clavado hace un movimiento suave con el brazo por encima del hombro para desprenderse de la atadura como si lo hiciera de cosa corriente y sin dificultad, como si él mismo se clavara con gusto y luego, harto, se soltara.

—¡Ahora! —ordena Arlequín, y las criaturas se lanzan sobre el páramo para buscar un mundo lleno de colores.



El viaje



El Rey sostiene sus faldones por encima de las rodillas, sus piernas flacas salpican el campo de flores, mientras su cabeza se sostiene rígida entre los hombros; cree cabalgar un caballo de otro tiempo. En el galopeo puede sentir cómo el suave viento se rompe en su rostro, la sensación de libertad lo inunda, la dicha es inmensa. Al final del camino espera encontrar un reino perdido, aunque los demás sabemos que eso es imposible. El paisaje se muestra interminable como sus deseos. Un reino perdido se vuelve una tierra prometida. Tenerlo todo crea la ilusión de un paraíso terrenal. A medida que corre, su semblante se asemeja más al del caballo. Hace un par de años, el Monarca se encontraba en una mazmorra oscura y maloliente. Estuvo encerrado días incuantificables. Para poder sobrevivir se refugió en sus recuerdos, en los días soleados y de abundancia, cuando los súbditos resolvían sus quejas y satisfacían sus anhelos. Un buen día, sus ojos estuvieron envueltos de sombras. Los

que alguna vez fueron subordinados lo traicionaron, así, cuando pensó que su destino era el cadalso, fue sacado de contrabando de la prisión para venderlo. Atado de pies y manos fue llevado ante los mercaderes que dieron un par de monedas pensando que era un loco que no tenía cómo sostenerse. Después de un tiempo fue entregado a los dueños de la casucha para entretener con sus delirios de grandeza a los pobres que no tenían para soñar. Ahí siguió sobreviviendo del otrora. Hoy mira de nuevo al cielo dispuesto a conquistar el mundo.

Azul va muy cerca del líder, ágil como el cuervo que se encuentra con el cielo. Toda la vida ha sido de la misma estatura, con el mismo aspecto. Su memoria es corta, no tiene mucho qué recordar, más que su botón. Durante su existencia se la ha pasado buscando. Una interrogación puede abarcar toda la existencia. Los inseguros lo saben bien. Demasiado concentrado en el camino suele olvidar con frecuencia el horizonte que lo espera. A menudo, también, suele pensar que no tiene pasado, pero lo tiene. En algún lado fue creado, en algún momento surgió. Él no debe preocuparse por lo que a los demás les angustia, su existencia es un instante prolongado. El traje que lo viste siempre está impecable, excepto por la falta de un botón, en esta situación, una arruga sería algo catastrófico. Un día estaba husmeando en un cuarto lleno de criaturas, con la esperanza de encontrar aquel objeto redondo y marino. Desde entonces, ha entendido que mientras más grande sea un lugar, las esperanzas se agrandan. Apresura el paso con la intención de hallar su tesoro y, de paso, lo que los demás buscan.

Atrás de Azul, va el Esclavo que añora su escarpiá. Si alguien sabe de obsesiones es sin duda él. A diferencia

del trajeado, él tiene bien presente el pasado. Aquel fetiche reafirmaba sus manías. Era muy pequeño cuando dio cuenta de su condición, pero no le afectó como a otros que, en cuanto sentían el yugo, el instinto los empujaba a escapar, todo lo contrario, sabía que este mundo necesitaba de diferentes tipos de seres. Tampoco era de aquellos que se sentaba para hundirse en un mar de lágrimas. Llevaba su esclavitud con estoicismo. Entendía que todos cargaban con su propia esclavitud, porque así era, sólo que él estaba dispuesto a asumirla. Cuando llegó a la casucha, el patrón le mostró cuál era su lugar y desde entonces fue fiel, puntual y responsable. Miraba a todos con un poco de condescendencia por no estar a gusto con su vida. Descubrió en cada uno sus obsesiones. También descubrió un secreto. Era un buen observador, quizá por ser un obcecado. Los discursos que ofrecía en las noches eran los de un comediante en una taberna, sólo que sin alcohol, sin taberna y sin comedia. Al terminar de hablar, la gente le lanzaba piedrecillas, algunos espectadores las traían de los caminos por si en aquella tierra árida se terminaban. El Esclavo había prometido al Arlequín que escaparía con ellos, luego de largas jornadas en que la filosofía parecía ser su único alimento. "Total, ¿qué importancia podría tener?", se decía para consolarse al pensar en cambiar de dueño. Sin embargo, con todo lo que promete una tierra de libertad, el desdichado se reprocha: "¿por qué no traje el clavo conmigo?". De esta manera, va dejando pasar el panorama multicolor.

La Dama va sujeta a los pliegues del vestido de la joven disfrazada de muñeca, a quien no parece molestarle. La mujer había estado esperando este momento

desde hacía mucho, los años la habían consumido en aquel cuartucho que en las tardes se iba convirtiendo en un escenario. Aquella ventana por la que mendigaba una sonrisa a los asistentes era la misma que en el día le permitía pensar que había una tierra generosa esperándola, aunque fuera una posibilidad muy pequeña. Había llegado al lugar cuando la voz se había extinguido al igual que los años, pero como había aprendido a sobreponerse a los conflictos, seguía el parlamento. “¿Escapar?, ¿a dónde iremos?”, cuestionaba a sus compañeros cada vez que el loco plan atravesaba sus días. A veces se entretenía con el piano mellado para dejar pasar las horas. Los patrones sabían que sus espíritus estaban desgastados. Las tierras de los dueños eran a prueba de fugas, se conocía bien que los cuerpos de los fallecidos eran devorados y lo único que transportaban eran los despojos que apenas lograban dar fe de quién era la criatura. La tierra del espectáculo les había hecho temer hasta sus sombras para que les fuera imposible escapar. Pero a la anciana que había sido dichosa entre mesones, arrebatarle la esperanza no era una opción; pelearía con sus últimas fuerzas. Aferrada a los faldones, es levantada por el viento como si su suerte le estuviera haciendo un favor.

En cambio, la muchacha corre sobre una alfombra, sus pies están acostumbrados a las tierras revueltas. Aquí el suelo es firme, lo que le permite que alce el vuelo con gran facilidad. Durante el cautiverio se había resistido a ser parte del espectáculo. Las articulaciones de su cuerpo tenían las evidencias. Los maltratos, en ocasiones, forman el rencor que en algún momento servirá para liberarse. Un rencor que en un inicio parece inofen-

sivo, casi inocente, que sólo se concentra en una mirada y sueña con revertir la situación. Sin embargo, se va alimentando; no se trata de tiempo, se trata de intensidad. La intensidad se va incrementando hasta volverse insoportable. Entonces debe encontrar cauce de lo contrario implota. Apresura el paso, impulsada por el deseo de llegar a casa, aunque desconoce exactamente cómo llegar, sabe que debe tomar el camino de donde nace el sol para encontrar los signos de sus orígenes.

La sigue de cerca Amorfo, cuyas formas han cambiado desde que salió. Amorfo es un ser sin cuerpo preciso o un cuerpo en constante transformación. Una reconfiguración espontánea de células, cuyas moléculas están en un estado flexible. Un ser sin cuerpo preciso es una identidad momentánea con sueños inconclusos, es también una reinención constante, que lo mismo puede ser alguien ya inventado o alguien por crearse. Los límites se ciñen a las posibilidades mismas. Lo que mantiene su cordura es la determinación de sus pensamientos. Pocas veces titubea, lo que parece contradictorio a su organismo. Quizá, por ello, es más seguro, pues está acostumbrado a los vaivenes. Es una rareza. Aún en este mundo de criaturas es difícil hallar seres informes. Tal vez, algunos han encontrado la entidad que los ha hecho felices, el mundo en el que han querido estar, así han encontrado el modo para ser, sin embargo, Amorfo ha escapado a las normalizaciones y ha hallado en las inconstancias y veleidades la manera de vivir. Era el protagonista de los shows, el más apreciado, pero no por ello, arrancaba las sonrisas de los espectadores, a quienes nada podía sacarlos de su hastío. Fue comprado, apenas, cuando era una mancha diminuta

y confundible con cualquier inmundicia. Los patrones lo vieron como se aprecia la basura, pero con cierta curiosidad. Así fue creciendo, alargándose, ensanchándose... tomando las formas de su alrededor, burlándose de los cuerpos para asumir sus identidades. Hay en el cuerpo sin forma un signo constante, una mueca, si puede decirse, que deja para que sus amigos lo reconozcan. Pudo salir mucho antes. De hecho, lo hizo. Pero regresó y se colocó en las mismas maneras que el resto. Estaba a gusto con la compañía. La huida le daba un grado de felicidad para estar en otro lugar, pero acompañado. Marcha, satisfecho, por la ladera, a lado de sus amigos. Por lo menos, eso no varía: la amistad y su afán de seguir pensamientos.

En la retaguardia, el Payaso tan cobarde, tan poco lúcido, con la boca de lado que su miedo se escurre por el resto de su cara en una imagen grotesca y ridícula, corre por un valor que le empuja salido de un destino que no es el suyo, pero si se lo ha robado, le sacará el mayor provecho. Tan acostumbrado a temblar con una sola palabra y contener las lágrimas sin éxito, la voz chillona le impide empoderarse. Desde que abre la boca, las burlas se hacen notar. En algún momento fue un payaso que se regodeaba en las plazas con sus colores en globos y dulces, hasta que la oscuridad fue atrapando a los habitantes y todo se volvió un caos. Fue perseguido por un grupo de delincuentes y cazado cuando su miedo le impidió seguir ocultándose. Llegó con lágrimas en los ojos, arrastrado entre el polvo. Su traje se había ensuciado en el camino. Lo primero que hizo al ser desatado, fue sacudirse. Cada día, en el espectáculo, le era imposible sacar una sonrisa con intención, la rechifla surgía

y su rostro se compungía. Miraba triste por la ventana, anhelando volver a una vida que soñaba más feliz de lo que realmente había sido. Ponía toda su fe en el líder, aprendía los nombres del mapa, imaginaba por todas las criaturas el mundo que estaba después de la colina, luego volvía a su nostalgia. Había en el fondo de su corazón poca determinación, como si los sueños fueran parte de la costumbre y, en realidad, nunca fuera a salir de ahí. Ahora crecía en su interior la ilusión de seguir corriendo, no mirar atrás y mantenerse en el camino del futuro. Claro, con pequeñas dudas, porque así es cuando tomas una decisión, das un paso seguro y otro entre las intranquilidades.

Arlequín es el más antiguo del grupo, liderea por la presión que siente por los otros, más que por su propia decisión. Vio llegar a cada una de las criaturas, también a las anteriores y a las que las antecedieron, a las que intentaron escapar, a las que murieron de inanición y a las que revendieron. Su tristeza llegó mucho antes del cautiverio, cuando su magia se había apagado. Fue con varios nigromantes, pero ninguno pudo darle una cura. Era la época de los rumores. Los chismes decían que había asesinos rondando entre las casas. Nadie hizo caso. Probablemente, Arlequín haya sido el primero entre los suyos, en perder el encanto. Había una coincidencia entre la llegada de los asesinos, el acaparamiento de la tierra por los patrones y una oscuridad que se reflejaba en el ánimo. El sol iluminaba algunos lugares, pero estos no parecían ser más dichosos que los desiertos oscuros. El mundo fue cambiando poco a poco, la iniquidad surge por una escalada sin impedimento. La corrupción es el producto de la negligencia. Arlequín fue un testigo

mudo. Las personas huían en lugar de defenderse, para cuando quisieron hacer algo, resultaba inadmisibile. Las injusticias nos cambian a todos. Seres que alguna vez habían tendido la mano, eran generadores de las más grandes mezquindades; los espíritus incapaces de escapar se vieron obligados a enriquecer a los dueños.

Las siete criaturas escapan, con largas zancadas recorren grandes extensiones de terreno. Cada uno, a su modo, deja su pasado de infamia y sueña con lo que hará una vez que esté en tierra segura. En un lapso muy corto están reaprendido a respirar la libertad.



La huida



Los prófugos desfilan sobre un valle multicolor. Los matices hacen sentir al Payaso que hay un arcoíris con una vida nueva. Los tonos lo reaniman como si fuera una fuente de la cual beber, tiene mucha sed y hambre, pero por un momento se le olvida, sólo se alimenta de los colores, también sus olanes absorben los rayos del sol. Tiene toda la confianza en que el líder los lleve a una zona de abundancia. Para él, Arlequín irradia seguridad e inteligencia, cualidades que admira. Luego observa de reojo a Azul que sigue sosteniendo su hilo. Igual que su amigo se pregunta: "¿dónde estará el botón?". Recuerda que una mañana Azul apareció en la habitación. Ni siquiera escuchó un ruido por su llegada. Fue el más silencioso de los prisioneros. Durante el espectáculo se mantenía de pie, observando a los asistentes, recogiendo el cordón una y otra vez; le simpatizaba, aunque fuera una persona de pocas palabras. En cambio, la Anciana era una parlanchina. Mientras se sostiene de la falda de

la muchacha, lanza alaridos. No son propiamente una queja, lo que pasa es que sus huesos se agitan produciéndole chasquidos.

El paisaje se va disolviendo entre los árboles, cada vez más grandes y de mayor cantidad. Los ceibos, cedros y las caobas los impresionan con su gran tamaño. El Payaso no puede dejar de ver a lo alto, imaginando las alturas de los gigantes arbóreos. Conforme avanzan, el camino se va apretando, las matas y el pasto se convierten en trampas que detienen los pies de los viajeros. Deben caminar como si estuvieran realizando una marcha, levantan las piernas, pero no parecen estar avanzando. Les lleva horas alcanzar un nuevo sendero, hasta que el bosque se siente dadivoso.

El Payaso alcanza a ver un letrero que anuncia un poblado próximo: "Ecuación $ax^2+bx=0$ "; su cara ridícula busca las señales para el problema, pero es el único, los demás parecen seguir el sendero sin preguntar o detenerse. El Payaso tal vez sea un tonto, pero ha memorizado la cartografía del mundo, y algo está aprendiendo al momento de transitar los caminos representados: los nombres no se parecen a los destinos.

—¡Qué lugar tan raro! —expresa en un suspiro.

Intuye que existe algo más en los senderos que debe descifrarse antes de llegar al lugar designado, no obstante, tiene miedo de expresar sus pensamientos en voz alta. Ha sido siempre muy temeroso, pero en los últimos años se ha paralizado para actuar. Cree fervientemente en que será Arlequín quien encontrará las respuestas de la vida.

En la cima de los pensamientos del líder es todo lo contrario, lo asaltan las dudas, la angustia lo despierta

de súbito por las noches, las incertidumbres lo hacen titubear, su cuerpo incluso se encorva ligeramente. Equivocarse a estas alturas hará que sus compañeros sufran las consecuencias. Equivocarse, esa es la palabra que resume sus inquietudes: ser responsable de lo que sucederá.

El siguiente letrero señala: “Despejando x². Sólo 15km”. El bosque empieza a oscurecerse y las plantas dificultan encontrar el camino señalado, o el camino es muy antiguo, o la gente ha dejado de transitarlo. Durante su viaje no han encontrado a ninguna alma perdida o lugareña. Las personas han desaparecido. Quizá se encuentren ocultas, quizá no. El Rey resopla de cansancio y se adhiere al vestido de la joven, a quien tampoco parece importar.

—Debemos continuar un poco más —señala Arlequín que sospecha del cansancio de sus amigos.

Para el hombre del traje de tablero, este es un tipo de cansancio distinto. Un cansancio que no recordaba. El agotamiento al que estaba expuesto de manera constante era la tristeza venida quién sabe de dónde. La fatiga era por la vida. Al irse la magia, se fue todo. Pero las señales estuvieron antes, antes de que la vida fuera oscura. Ahora instiga a sus compañeros para que mantengan el paso, cuando en el fondo, él es el primero en rendirse. Las palabras de ánimo para otros son en ocasiones el aliento que nos decimos en voz alta.

Las piernas de los compañeros son arrastradas para continuar. Próximo rótulo: “Sacando factor común X. Sólo 12km”. La mente del Payaso comienza a dar vueltas, el cansancio y el hambre se mezclan en su estómago. La náusea se apodera del esófago con plena intención de

hacer erupción, Azul lo sostiene –sin soltar su hilo– para que continúe: “un poco más sobre los túneles”, piensa, y sigue apresurado detrás de los compañeros. Amorfo toma la delantera para indagar lo que viene.

La noche se ha tragado a los seres inventados. Caminan en una especie de limbo en la que sienten sólo la maleza que los acaricia. Poco a poco las luciérnagas iluminan el paisaje. Los árboles aparecen y desaparecen en armonía con las pequeñas luces. Las hojas toman nuevos colores, como si fueran pequeñas mariposas. Detrás de un escenario de luces intermitentes, también las figuras espectrales están atentas. Al payaso, como buen temeroso, le aterra la oscuridad; mira hacia todos lados, es el único que presiente que hay gente acechándolos. Cada pequeño ruido, cada hoja moviéndose, cada crujido de la breña le llena la imaginación de monstruos.

Arlequín detiene el paso y luego con una señal en la mano los guía a las orillas de un río. Las criaturas gritan de alegría y corren al encuentro del agua. Beben extasiados de la generosidad del río. Al Rey se le escurre por las comisuras de la boca el líquido que le empapa la barriga. El Esclavo se ha metido dentro del torrente insatisfecho de lo que sus manos pueden llevarle a la cara. Amorfo, por su lado, mira el agua ennegrecida, a través del cual intenta distinguir algo. Su rostro transformado en inquietud se diferencia de sus compañeros. Mete una mano con cuidado y la saca apresurado, ha sentido algo duro y viscoso a la vez. El Payaso que no ha visto ni sentido nada, lo imita.

—Deben ser los peces —indica la Muñeca.

—O animales ponzoñosos... —replica la Anciana.

—No hay tales en estas aguas —objeta Arlequín.

Continúan su camino siguiendo el curso del agua. El Payaso mantiene su actitud de centinela, sólo que esta vez Amorfo lo acompaña. Del otro lado de la orilla hay enormes rocosas cuyos detalles no logran distinguirse y por lo cuales se puede imaginar todo, incluyendo sombras que se mueven.

—Si nos detenemos pueden alcanzarnos, es mejor seguir —insiste Arlequín tras ver los rostros del Monarca y la Anciana que parecen estar a punto de desfallecer.

—Yo sólo quiero descansar un poco, mis piernas ya no son lo que solían ser —suplica la Dama. La Muñeca se apiada de ella y deja que se sostenga.

Arlequín comienza a andar más despacio, a lo lejos, parece que el camino llega a su fin, sospecha que algo no está bien al final de la ruta, el curso del agua es cortado por la noche y en el horizonte sólo puede apreciarse el cielo. El resto de los viajeros se coloca detrás de él para mantener el ritmo.

Las luciérnagas se apagan una a una. La noche es cubierta por un manto tenue de neblina, mientras un canto perdido y un ruido extraño espantan al grupo que salta al unísono. Hay algo en el bosque, pero no se sabe con exactitud qué pueda ser. A lo más que han visto son insectos, ningún animal o criatura más grande que un grillo. El bosque está habitado, sólo que no han sido testigos de sus habitantes.

Al llegar a los confines, la catarata muestra la bruma, la mezcla entre la negritud y la blanquitud dejan un halo de misterio. Las criaturas se acercan al borde. En el otro extremo, los precipicios de las montañas crean un paisaje inesperado. Puede notarse un conjunto de viviendas con pequeñas lámparas iluminando las venta-

nas. Los viajeros contemplan hechizados aquella señal de vida. La imaginación del Payaso se enciende para mirarse en un lugar en donde los aplausos lo abracen después de un show con muchos globos de colores. El ambiente también parece que desea cambiar, el murmullo discreto de los insectos los reconforta.

—Es probable que nos den asilo —menciona Arlequín.

El Payaso voltea inmediatamente para ver a la criatura sin forma, ambos agrandan sus ojos por la sorpresa. Amorfo se convierte en una cama cálida, el variopinto aplaude entusiasmado y Azul se acerca para secundarlo.

—Y que nos den trabajo —agrega el Esclavo.

El Rey hace una mueca de fastidio al escuchar la última propuesta, actitud que es compartida por la Dama. La Muñeca se acerca al líder para inspeccionar.

—¿Cómo llegaremos ahí? —pregunta Azul, que sólo es escuchado por el Payaso.

En el cielo se forman destellos eléctricos. Es una imagen sobrecogedora, pero a la vez muy bella, los relámpagos hacen que el cielo cobre un color morado marino.

—¡Por este lado! —grita el Payaso—, la raíz cuadrada de un número negativo es por allá —señala un sendero apenas perceptible.

Los demás voltean, suspicaces, pero atienden la señal del pintarrajeado. La muñequilla disfrazada le lanza una mirada, la complicidad se manifiesta: ¿cuántas veces el acto del atado y desatado les permitió intercambiar miradas? Las necesarias para que la joven viera en aquellos ojos serenos una chispa de genialidad. La muchacha jala a los renuentes que no les queda de otra que seguirla. La caravana se lanza sobre el nuevo camino, Arlequín a la cabeza; al final, Amorfo y el resolvente.

El grupo apresura el paso sin enterarse que la villa está a punto de ser incendiada y que el peligro es lo que se esconde en los rincones del bosque. El Esclavo se pega hombro con hombro al Payaso, a quien no le hace gracia que su compañero tenga más miedo que él. Al Payaso le gusta de Arlequín y la Muñeca su valentía. Hace una nota mental: ser seguro, inteligente y valiente para ser un gran líder. Mira a los dos que llevan la delantera como si fueran los grandes rebeldes y dirigentes revolucionarios.

—¿Por qué no te convertiste en un pez? —Pregunta el Payaso a Amorfo.

—Me hubieran comido... —el ser disforme lo mira con preocupación.

El Payaso se queda pensativo, que se coman a su amigo es algo que puede imaginar. La idea de la muerte lo abrumba de manera tenaz, con la misma perseverancia con que sueña llegar a un lugar seguro. Amorfo toma la forma de un venado y sube a los huéspedes de la Muñequilla para que descanse y los otros puedan continuar con el viaje.

—Sería mejor si tuvieras alas... —señala el variopinto a su amigo.

El frío de la madrugada cala los huesos, los fugitivos caminan lentamente, desgastados después de la marcha que les ha dejado un hambre bestial. El Payaso se detiene para leer el letrero:

—La ecuación tiene dos soluciones... —mira fijamente y se repite “tiene dos soluciones”— ¡igualar los dos factores a cero! —grita entusiasmado.

La alegría en el rostro del Payaso por conocer la respuesta es como el sol cuando se asoma por las cordille-

ras y deja sentir su calor.

—No es sólo igualar factores, se trata de comprender las incógnitas... —Azul y Amorfo aplauden a su amigo, mientras se explica— las tierras son semejantes... —el Payaso se ha quedado pensativo.

Llegan al borde del bosque, el cual se muestra ameno, un valle extenso de colores mezclando el amarillo, el verde y el rojo con armonía. Todos se tiran sobre el césped y sacan migajas de comida de las roídas bolsas de sus vestidos. Observan la tierra que se extiende sin fin, pronto quedan dormidos unos sobre otros.



La Tierra Oscura



La hora del cenit les da de pleno sobre los ojos, pero ni así se despiertan, es Arlequín quien los azuza porque escucha el sonido de una carreta. Los viajeros se despiertan a regañadientes, los rostros somnolientos se ven un poco molestos. El Payaso tiene visión doble y le cuesta limpiarse las lagañas. Los compañeros deambulan de aquí para allá buscando las señales del carro. Amorfo levanta las ramas y las piedras, sin embargo, la calma es lo único que existe.

Continúan la caminata, al terminar el llano, se encuentran con un poblado cuyas casas tienen las puertas cerradas y el ruido mínimo.

—Este parece un buen lugar para quedarse —comenta la Muñequilla.

—Es ameno y parece que tiene comida —agrega Amorfo.

—Pero... —duda el Payaso— ¿no les parece que hay algo raro aquí?

El Monarca desea contestar, pero se queda con la palabra en la boca. En el pórtico de una casucha se asoma un niño con la capa de un mago. Luego se mete y vuelve a sacar la cabeza. Algunos lugareños salen cautelosos, los miran con miedo y recelo.

—Pero, ¿qué les pasa a estos aldeanos? ¿No saben de buenos modales? ¿Por qué todavía no nos ofrecen comida y bebida?

—Nos tienen miedo, se les nota —contesta la joven.

—¡Pues yo soy un rey y exijo que se me trate con los honores que merezco! Estos bellacos muertos de hambre, ¡cómo pueden ser tan majaderos!

—Ahora mismo, nosotros somos los muertos de hambre —interviene el Payaso, mientras Amorfo ríe de su puntada.

El niño sale al ver a Amorfo convertirse en un oso de peluche gigante. Cuando la mano del gigantesco se posa sobre la cabecilla, una mujer sale para abrazar a su hijo.

—Sólo buscamos un poco de comida —dice el transformado en juguete.

La mujer señala un local cuya puerta está emparejada. La Muñequilla, el Payaso y Arlequín entran. Una campanilla se filtra por la habitación, pero nadie responde al llamado. Agarran algunos víveres: manzanas, naranjas y papas, a cambio dejan algunas de sus pertenencias: una bolsa que se cuelga al cuello, una pulsera, unos calcetines y listones de colores. Salen del establecimiento y miran a sus compañeros que los esperan.

—¿Alguien trae algo más que dejemos en prenda?
—pregunta el líder.

Azul mira su hilo. La mirada se prolonga en una despedida para siempre. Finalmente, entrega la hebra al Payaso, quien comprende el gran sacrificio que eso supone. Ha sido un gran acto de desprendimiento, en el fondo es una renuncia a sí mismo, a una vida de obsesiones. Una renuncia que puede provocar el escalofrío de quien se desprende de un valor incuantificable.

El variopinto también saca de sus bolsillos una nariz roja de repuesto y una pelota de goma que guardaba sin recordarlo. Le extiende los objetos al líder que sigue esperando respuesta del resto del grupo.

La Dama entrega un cigarro que nadie sabe de dónde lo sacó. Amorfo, toma lo que parece ser una uña, pero en realidad es una pepita preciosa que ha producido de su cuerpo. El Esclavo mira la comida, luego su mano vacía: la escarpia hubiera sido un buen detalle. Después posa su atención en la corona del Rey, una corona que está descarapelada y que, evidentemente, es una farsa obtenida en un mercado de baratijas. El monarca se yergue orgulloso de su porte, insiste en vestirse de ensueños del pasado. La respuesta al pedido a su corona es la negación. El esclavo lo compadece porque la diana es un engaño poco disimulado.

Mientras Arlequín entra a pagar, el Payaso observa atento el intercambio de miradas entre el Rey y el Esclavo. Ambos tienen mucho que decirse pero ninguno se atreve a iniciar la afrenta.

Para el Rey el poco tiempo que tiene de sentir el aire libre en sus pulmones, lo hace recobrar su arrogancia. La arrogancia nos hace creer que todo es posible, aun cuando las circunstancias nos desmienten. El Monarca está convencido de que sus investiduras deberían ser

reconocidas y su sola presencia capaz de producir súbditos.

—¡Yo! ¡Yo podría destruir este lugar si lo quisiera! Acabar con estos bellacos sin respeto —el Monarca grita en medio de la calle, luciendo un traje sucio y una corona apócrifa como antes lo hiciera, cuando un reino se inclinaba ante el sólo pronunciamiento de su nombre.

Quienes lo traicionaron no buscaban mejores condiciones para el pueblo, pero se respaldaron del discurso para destituirlo y desterrarlo. El Monarca aún guarda el rencor y el sentimiento de venganza que desea con todas sus fuerzas aplicar, sin atender que es más grande su impotencia que todos sus deseos.

—Se le olvida que para conquistar se requiere un ejército, un reinado dispuesto al sacrificio —señala el Payaso.

—Usted es un hazmerreír —interviene el Esclavo que no puede seguir aguantándose las ganas de decirle el par de cosas que piensa al exrey y quien, tras las palabras del Payaso, se siente con la seguridad de continuar.

—¡Lo dice un esclavo! Un hombre envilecido y que sólo sabe aceptar órdenes. ¡Mejor calla, hombre!

—Soy un hombre de trabajo que sabe lo que es el valor de lo que tiene.

—Pero, ¿usted qué tiene? Absolutamente, nada. Yo soy un rey...

—Con una corona de juguete...

—El trabajo en exceso envilece. ¿A cuántos patrones has enriquecido con tu esfuerzo y por qué ninguno pagó el precio para tu libertad?

Las últimas palabras le han dolido al Esclavo, quien sólo murmura: “el trabajo dignifica”, pero nadie puede

escucharlo. Al Rey también le han mellado las réplicas del hombre esclavizado. Ninguno de los dos hombres es responsable del signo de su nacimiento, pero lo han mantenido a lo largo de sus vidas. Lo han defendido, lo han creído, se lo han apropiado.

Los dos compañeros siguen retándose a una distancia intrínsecamente contraria, con los ojos puestos en los defectos del otro, sin atreverse a cuestionarse a sí mismos. Arlequín regresa junto a la Muñeca cargados con más comida.

El Payaso da una palmada al Esclavo, Azul hace lo mismo. El hombre derrotado se va a la retaguardia junto al ser disforme, que hace el mismo gesto que sus amigos.

—Pobre... —alcanza a decir el Payaso— pero nadie está mejor...

—Él sabe su lugar, mírame a mí en cambio, nací para dirigir naciones, soy yo a quién debes compadecer.

El Payaso responde moviendo la cabeza de un lado a otro. Niega sin palabras la sentencia del Rey. Un pasado debe estar bien presente para que nos hostigue con todos los remordimientos, pero una memoria que se empeña en el autoengaño es incapaz de darse cuenta de que ha hecho algo mal.

El grupo camina en silencio. Arlequín piensa que el desgano se debe al cansancio, sin embargo, la discusión entre el Rey y el Esclavo ha dejado un ambiente ríspido. Tal parece que discutir hace lucir las diferencias. Casi al salir del poblado, un circo algo improvisado los despide.

La visión les hace sentir un poco de temor. Saben que los trabajadores también están al servicio de los dueños del mundo. Evitan pasar muy cerca, lo que menos desean es ser atrapados por otros amos.

Conforme avanzan el Payaso es impresionado por sus semejantes. No son nada parecidos a él, con su traje variopinto y sus holanes que juegan con el viento. Aquellos seres están pintados únicamente de la cara con una base blanca y un círculo rojo sobre la nariz. Están vestidos con unos overoles grises, playeras blancas de manga larga. Los tenis están manchados con barro. Balancean unas esferas grises. Los infelices también le devuelven la mirada al Payaso, como si se estuvieran preguntando qué es lo que hace caminando con aquellos extraños.

—¡Es mejor correr!

El miedo del Payaso es contagiado al resto, que corre para alejarse del circo y del pueblo.

La noche ha llegado para abrazarlos, nuevamente. Intentan racionar la comida. Aún no saben a dónde llegarán. Los fuegos moviéndose entre la vegetación los espantan. Escuchan cuchicheos y pasos a lo lejos, sin atreverse a hacer algún ruido. Pasan la noche en alerta constante hasta que el alba se anuncia. Los valles son coronados por una neblina tenue.

Continúan su viaje con los brazos colgando casi a la altura de las rodillas. Llegan a una especie de ruinas con las paredes pintadas de blanco y rojo. Hay algunos enseres y juguetes tirados, como si hubieran sido olvidados en la huida. Hay una gran roca rodeada de un círculo de agua, el territorio es de una tierra rojiza descampada. Toman un poco de agua y se guían por el hilo del riachuelo encejado de un pasto escaso. Algunas piedras se amontonan en ciertos rincones. Poco a poco la vegetación se va terminando.

Al mediodía inician la caminata por el desierto. El hartazgo lo llevan arrastrado en las suelas de los zapa-

tos. El letrero anuncia serpentino: "Aceptar el destino es una cosa bella y fácil de digerir". El Payaso le saca la lengua: "y qué si mi destino es huir", piensa. El Arlequín les advierte que hay que andar con cuidado, los espejismos pueden confundirlos:

—Cualquiera puede decir cosas bellas, pero pocas veces tendrán profundidad.

Amorfo se ha transformado en una forma plana y homogénea, muy semejante al desierto. Azul camina con los hombros tristes y el hombre del clavo extraña, sin disimulo, su atadura; sólo la Muñeca camina con serenidad.

—¡Mi clavo!, mi pobre clavo, está solo en aquella pared desolada —lloriquea el hombre sin pudor—, mi clavo, ¡mi-pooooo-bre-claaaaa-vo!

El crepúsculo los martillea sobre sus sombras cansadas y los fustiga con el látigo de la pesadez.

—¿Qué podemos conocer? ¿Podremos tener alguna certeza? ¿Hacia dónde iremos? —se pregunta Arlequín.

Las dudas esta vez se escapan de sus labios y entran a los oídos de sus compañeros, quienes comienzan a temer lo peor. Cuando el líder tambalea, las inquietudes de los demás se vuelven situaciones incómodas. El siguiente cartel está en medio de dos caminos:

—En la semántica se encuentra el destino de las personas —lee el Payaso.

—¡Claro! —exclama el del traje bicolor y camina en medio de la disyuntiva.

El grupo sigue al líder, quien de pronto recobra la confianza. El anochecer se anuncia. Una procesión de gente pasa apresurada. Las mujeres vienen con una lámpara de aceite para guiarse en las tinieblas.

El espectáculo que están presenciando es el de la miseria y el abandono. Una nueva procesión aparece. Una procesión con ataúdes sin nombres ni señas particulares, todos iguales: son los desaparecidos sin rostro ni madres que los extrañen. Nadie los recordará, ni siquiera serán acreedores a las vejaciones de quienes los atraviesan fatigados. Fueron prófugos, por ello, la tierra muerta se tragó el sonido de sus palabras.

—Nos exterminan. Nadie sabe quién será el próximo... —les dice un viejo ataviado con una manta que pasa apoyado en un bastón de roble.

El Rey gime y se lleva las manos a la boca horrorizado, la Dama enseña la sonrisa desdentada y le extiende los brazos al viejo, éste la recibe con el brazo querendón. Ambos se van agradecidos.

Los demás siguen su marcha por la misma vía por donde llegaron los muertos. Nadie niega que el abandono de la Anciana ha dejado un hueco en el ánimo, pero también saben que ella deseaba estar en otra parte.

El anuncio que les espera casi al anochecer, sentencia: "Todo es representación". Amorfo se transforma en féretro con árboles como piernas.

—Si la muerte es parte de nuestras representaciones, no provoca las risas... —responde el Payaso a quién sabe quién.

La noche oculta el cambio del suelo, las protuberancias se presienten aquí allá esparcidas, algunas con enredadas ramas que les detienen los pasos. La selva no es más agradable que el resto de los lugares. La Muñequilla presiente que sus orígenes pueden parecerse a esta zona devastada.

Amorfo saca de sus entrañas una antorcha para leer: “Vivimos nuestras representaciones”; detrás del rótulo se alzan las medusas de los Desgraciados, seres enviados por el hambre que articulan un lenguaje gutural, el cual advierte la fealdad de sus intenciones. El payaso no puede más y grita.

La caravana huye rumbo al amanecer, los asaltantes les pisan los talones. El Payaso va a la delantera, pero intenta girar para ver si los demás vienen detrás de él, a tiempo para ser testigo de cómo Amorfo es tragado por los salteadores y cuando la joven pretende regresar:

—¡Estás loca, india mugrosa! ¡Regresa, regresa! —espeta el Rey blandiendo un látigo imaginario.

La mujer disfrazada, con el monarca sobre sus hombros, se abalanza sobre la muchedumbre que cubre un cuerpo sin cuerpo: la ayuda parece llegar tarde. Amorfo revive en la apariencia de un atracador. El tiempo se detiene. El Payaso se ha quedado sin acertar qué hacer; Arlequín, en posición de regresar; Azul, entre el variopinto y el bicolor; el Esclavo se ha atado las manos, dispuesto a dimitir. Amorfo sonríe y la quietud se rompe. Los Desgraciados le sueltan confundidos.

El grupo se precipita sobre los nuevos confines. A lo lejos se oyen los cánticos de más salteadores, una música que, con los agudos desde arriba, se desliza a las risas graves. Es un estado de guerra civil. Los cazadores pronto se escuchan como un ejército que marcha a su victoria.

El Payaso le súplica con la mirada al Hombre de Azul para que se acabe el sueño, pero Azul le regresa la mirada diciendo: “no soy yo quien te sueña; nada puedo hacer”. Las lágrimas del payaso fluyen semejantes a los

ríos que no encuentran diques a su paso: no quiere morir. Azul se queda mirando por última vez el rostro pintarrajeado, antes de diluirse entre los sueños del Payaso.

El Esclavo lo ha sabido siempre, Azul es la invención del Payaso. Amorfo consuela al variopinto y lo apura a seguir al grupo que se ha adelantado, al Payaso no le queda de otras que despedirse de su ilusión. El esclavo sabe bien que la sujeción puede ser de varios tipos. Lo supo la mañana en que Azul apareció, buscando aquel botón, supo que en algún punto lo encontraría o sería capaz de vivir sin él, y el Payaso entonces tendría que despertar. Amorfo, por su lado, ha entendido que “crear” es un acto poderoso de la imaginación, no bastan las cualidades personales.

Un nuevo letrero versa el lugar al que han llegado: “En la flor se encuentra el corazón de las personas”. Esta vez la joven indígena se deshace de su carga arrojándola sobre las hierbas, el Rey se soba las sentaderas y la desdeña con frustración.

—¡Es el lenguaje de la naturaleza! —exclama la joven.

El Payaso le regresa la mirada de complicidad y se limpia las lágrimas que no han dejado de brotar desde que Azul se fue.

Parece que toda la tierra se tiñe del mismo terror, a donde van es lo mismo, la gente escapa unos de otros. Aquella vida que recuerdan no existe más, es imposible retomar aquellas experiencias que se han magnificado por sus recuerdos y anhelos. El mundo está destruido.

Los pasos se han vuelto lerdos, cada uno está sumido en sus pensamientos. Amorfo concluye que su vida está en los amigos, no importa el lugar al que lleguen, ese es su hogar. El Rey, por su lado sigue exigiendo un

reino, le es imposible aceptar su nueva condición. Es fácil sentir confianza cuando el mundo está a tu favor. El orgullo creció conforme aumentó la lejanía con los patrones, entonces, sintió que podía volver a ser un rey, que lo que había sucedido no había sido más que una pesadilla que estaba por terminar:

—¡Vamos por mi reino! ¡Desde ahí podremos ser libres!

—No hay nada que hacer —dice el Payaso.

—¿Estás loco, Payaso? ¿O caso el Esclavo te ha contagiado de sus desvaríos?

—Bueno, aquí no tienes súbditos ni nadie que haga las cosas por ti, ya debiste entenderlo, nadie hará nada por salvarte, o lo haces tú o nadie lo hará. Puedes irte como lo hizo la Dama, pero ten en cuenta que no durarás ni un minuto —la voz chillona del Payaso se alza con contundencia, nadie ríe de él, ni tampoco es capaz de provocar las burlas, todo lo contrario, sus compañeros lo admiran.

El Payaso habla con la fortaleza de entender el mundo, ya no puede tener más miedo del que ha sentido hasta ahora. Ya no puede, porque está en ese punto en que se deja morir o lo intenta, intenta un último impulso. Lo ha comprendido conforme le habla al Rey. No quiere seguir llorando. Piensa recobrar la sonrisa a costa de sus temores y de los Desgraciados que los persiguen.

Voltea hacia todos lados, busca el letrero que anuncie el nombre del poblado, pero sólo alcanza a ver sobre los valles lejanos una nave cargada de soldados, espadachines jubilosos y mercenarios. Los prófugos preocupados miran a Arlequín, mas es el cobarde quien grita:

—¡Luchemos!

—¿Cómo? —duda el Esclavo.

Arlequín mira el sendero de regreso, el Payaso indica decidido:

—¡Regresemos y luchemos por nuestra tierra!

La Muñequilla le sonrío al Payaso y le confirma la decisión. Amorfo persigue los pasos de sus compañeros. El Rey se niega a obedecer, por lo que es abandonado a su suerte. El Esclavo se deshace de sus ataduras mentales y corre con determinación. El Payaso insta a sus compañeros de infortunio:

—¡Nosotros hacemos nuestras representaciones!

El Payaso, un ser insignificante y lleno de temor tiene en sus manos la decisión más crucial de sus vidas. Arlequín lo mira con atención. Siente una gran admiración por su amigo. Sonríe. Sonríe seguro de un mejor futuro. Siente cómo su magia va regresando. A veces, las personas que se miran más seguras titubean, y en ese instante de titubeo externalizado, lo que ha querido ocultar sale a la vista y le permite entender que requieren apoyarse de alguien para continuar.

La caravana corre, atraviesa los espacios transitados, las colinas, el páramo, el bosque. Al llegar a su destino, el patio guarda el mismo orden sin ton ni son. Arlequín abre la puerta, al interior se aprecian unas paredes pintarrajeadas. El Payaso observa la esquina de la habitación, sus ojos encuentran un cuadrado que representa el mundo, un taburete destruido y la laguna que sigue igual a como la dejaron. Apenas entran todos, cierran las cortinas y atrancan la portezuela que los conduce al espectáculo cotidiano.

—Te dije, lector, que tú también eres una invención.
¡Nos proponemos luchar! Este será nuestro hogar, nues-
tra tierra, aquí construiremos nuestros sueños.

Atte. Arlequín

Kumay

